

PANEGÍRICO
DEL BEATO ALONSO Ó ALFONSO RODRIGUEZ.

*In omni conversatione sancti sitis.
Sed santos est todo vuestro proceder.
(I. PETR. 1, 15.)*

¡Qué admirable es siempre la gracia en su conducta respecto de los hombres! A unos conduce á la soledad, para hablarles al corazón y satisfacerlos lejos del tumulto y desórdenes del mundo. A otros deja en el siglo, para que la fuerza de sus buenos ejemplos sirva de contrapeso á la iniquidad, que de tiempo en tiempo hace los mayores esfuerzos para prevalecer. Los primeros son como el tesoro escondido en el campo, segun el Evangelio, y que no es fácil encontrar. Los segundos son semejantes á aquella ciudad de que habla S. Mateo, que colocada sobre la montaña domina por su elevacion sobre toda la llanura. Estos se santifican á vista del mundo mismo, y sus virtudes expuestas á una gran luz son grandes ejemplos. Aquellos se santifican en el fondo del desierto, sin tener otros testigos de su sabiduria que Dios, que es su principio. Sin embargo, es necesario confesar, que han florecido santos á quienes el Señor se ha dignado mirar las virtudes de la soledad á la santidad de edificacion y de esplendor; santos, que mudando de lugar no han mudado de costumbres, cuya santidad estuvo ora oculta en Jesucristo, ora manifiesta en el mundo.

El Santo cuya memoria celebramos hoy, se hizo admirar por sus virtudes en el mundo y en el claustro, demostrándonos que en todo tiempo y lugar pueden los hombres santificarse. Se ha dicho, que la práctica de la virtud se ha hecho en nuestras dias difícil, ya por las máximas del mundo, que cada dia reinan con mayor imperio, ya por la libertad de costumbres, que cada vez es más disoluta; ya por la multitud de los malos ejemplos, que casi violentando la voluntad

arrastran al mal. Alonso Rodriguez confunde y desmiente esas lenguas enemigas de la virtud. En el mundo fué ejemplo de los jóvenes modelo de los casados, dechado de los viudos, como lo fué de los religiosos en el claustro. Si él, entre los desórdenes de un siglo corrompido, supo dar á sus costumbres una tan justa regla, que pueden envidiarle los primeros fervores del cristianismo, ¿quién se atreverá á decir, que no podemos ser santos en todos los estados? Meditemos los ejemplos que de toda virtud no; ha dejado Alonso, para que nos sirviesen de guia en el camino de la salvacion, y nos avergonzaremos de fingir dificultades y asperezas en la observancia del Evangelio.

Virgen santísima, que tan tiernamente amasteis á este vuestro siervo, dignaos concederme las luces necesarias para hablar dignamente de sus virtudes. A. M.

Entre las virtudes que adornan á los santos, siempre parece haber una, que forma su carácter y los distingue con particularidad. Para formar idea del de Alonso Rodriguez no es necesario buscar en el admirable tejido de sus acciones, en la multitud de sus trabajos, en la variedad de los sucesos de su vida el punto esencial que determina su mérito y su santidad. La humildad, base y fundamento de todas las virtudes, es la que brilla particularmente en Alonso. No creais por esto, hermanos míos, que quiera yo convenir con los que reputan á los santos unos simples, ó al cristianismo una religion de idiotas. Que sus primeros discípulos ó promulgadores fuesen simples é idiotas, lo confieso; pero el mismo Cristo lo confesó y alabó y dió gracias á su Padre, de haber occultado sus arcanos celestiales á los prudentes y sábios para revelarlos á los pequenuelos. Y en esto mismo se advierten tres cualidades singulares del cristianismo: la primera, que la doctrina del Evangelio es aquella sabiduria verdadera, accesible á todos y acomodada á la felicidad y perfeccion de todos; la segunda, que la inocente simplicidad se ha preferido con razon á la orgullosa prudencia; y la tercera, que para la ejecucion de la mayor empresa se han escogido los medios más inútiles y desproporcionados. Segun el mundo, la sabiduria se lleva á la simplicidad, la debilidad es sujeta por la fuerza, y de la oscuridad triunfa el esplendor. En la religion de Jesucristo es todo al contrario; Él se vale de la simplicidad para confundir la ciencia, de la debilidad para abatir la fortaleza; pone en uso lo más vil y despreciable, la nada misma, para arruinar á los más altos colosos de la grandeza humana.

Pero tampoco debemos inferir de ahí, que le hayan nunca faltado

al cristianismo hombres sábios y respetables segun el mundo. Desde el principio hubo doctores de la ley, fariseos, arquisinagogos, areopagitas y procónsules. La sabiduria del Evangelio, grande en sí misma, pequeña al parecer de los hombres, se ve á un tiempo combatida de poderosos, de sábios, de nobles, que se reunen para exterminarla; pero, tan pequeña como es, ni cede ni se rinde: se presenta en sus humildes arneses, mas con rostro firme, hace frente á la voluptuosidad, al interés, á la soberbia, á la ambición, que, regularmente, es el acompañamiento de la grandeza mundana; y rompiendo de aquí y penetrando allí, miradme, dice á sus contrarios, miradme bien ántes de despreciarme. ¿Qué pasma! Los Areopagitas, los Papias, los Cuadratos, los Justinos, los Atenágoras, todos la siguen. Despues: Clemente Alejandrino, Tertuliano, Julio Africano, Orígenes, Minucio Felix, Cipriano, los Arnobios, los Lactancios... y ¿qué diremos de los Gregorios, los Basílios, los Crisóstomos, los Ambrosios, los Agustines? ¿Es esta la religion de los idiotas y de los simples?... No nos distraigamos: la humildad, la simplicidad que tanto se admira en Alonso, es la grandeza verdadera, es la ciencia de los santos, como que el principio de la sabiduria es el temor de Dios. Con éste se crió, con éste creció Alonso, y éste fué su norte en los varios estados de su vida: sábio y humilde en sus primeros años, sábio y humilde en el estado del matrimonio, sábio y humilde en la viudez, sábio y humilde en la religion.

Un espíritu hecho para el mundo es una de las primeras qualidades y prendas que se desean en los niños, y que se procura infundirles por medio de frecuentes lecciones y por el trato de las gentes. Se quiere que sepan tratar con agrado, explicarse con propiedad, y guardar en sus modales todas las reglas de la urbanidad y buena crianza. Se quiere que estén muy instruidos de lo que pasa en la sociedad, que sepan explicarse y discurrir. Pero, sobre todo, se pretende que sepan insinuarse, fingir, disimular: hé ahí lo que se enseña á los hijos del siglo. Pero, un espíritu hecho para el Cielo tiene qualidades enteramente opuestas: es un espíritu dulce, con aquella dulzura, empero, que Jesucristo colocó entre las bienaventuranzas del Evangelio; un espíritu humilde de que el Salvador se propuso á sí mismo por modelo; un espíritu recto, sin disfraz, sin fraude, y segun la comparacion del Hijo de Dios, un espíritu sencillo como la paloma; tal es la simplicidad del justo, y tal fué la de Alonso. Su prudencia y discrecion, su afabilidad, su amor al pobre, su obediencia exacta, su puntualidad en las prácticas religiosas, le hicieron desde niño el amado de Dios y de los hombres. Bastaba ver una imágen para que-

darse extático, mirándola y hablando familiarmente con ella si la tenía en la mano; la miraba, la besaba con ternura, y se la escondia en el pecho, y solo con violencia y gran dolor suyo se la podía arrancar. Meditaba los misterios de nuestra santa fé y le arrobataban; asistia al divino sacrificio y se enternecia; rezaba el rosario y todo se derretia en lágrimas de devocion. *¡Madre mia*, decia á la santísima Virgen: *si Vos me amaseis á mí tanto como yo os amo á Vos...* santa sencillez, que la misma soberana Reina corrigió apareciéndosele visiblemente, y diciéndole: *No, hijo mio, te engañas: más es lo que yo te amo á tí, que lo que tú á mí me amas*. Con tan felices auspicios figuraos, hermanos, que progresos no iría haciendo en el camino de la perfeccion. Alonso no es un jóven atolondrado y mal aconsejado, que corra en pós de unos compañeros sin juicio que le precipiten como á otros muchos en un abismo de males; ama la ocupacion y el retiro, y sus compañeros son los libros devotos, sus maestros y sus superiores. En Alcalá aprovecha mucho en las letras; los estudios, que á tantos son ocasion de perderse, no pueden entibiar un punto el fervor de Alonso.

Mas no son estos los designios del Altísimo sobre su siervo: es preciso que dé en Segovia ejemplos de toda virtud, y la muerte de su padre le obliga á volver á esa ciudad, para encargarse de los negocios y direccion de su casa. ¿Qué haceis en esta gruta, Ellas? decia una vez el Señor á este gran profeta, que se habia retirado á una cueva para adorar allí sin oposicion al verdadero Dios de Israel. Señor, respondió él, nuestro pueblo os ha abandonado, ha destruido vuestros altares y quitado la vida á vuestros profetas; he quedado yo solo adorador aborrecido de vuestro nombre. Y bien, replica el Señor, entre tantos males y desolacion tan grande ¿puedes quedarte aquí en la quietud de la contemplacion? Vê y vuelve por tu camino, que yo me buscaré cuando quiera los solitarios y pacíficos adoradores; en la ciudad es donde yo te quiero ahora. Alonso oye la voz de su Dios, y con la misma prontitud que dejó la casa, vuelve ahora á ella por no faltar á su voluntad. El comercio y el tráfico no podrán distraerle de su principal negocio; sabe que en todos los estados puede el hombre santificarse, y que Dios ha ligado de tal manera sus divinas leyes á las del estado de cada uno, que no pueden violarse las unas sin faltar al mismo tiempo á las otras. Subsistir, emplearse, ocuparse, hacerse útil á la familia, á la religion, á la patria, esto es propio y esencial de todo estado; pero estos mismos afluens son estímulo de la virtud. Supongamos que el vicio se introduzca, que quiera uno tener en el comercio ó en un arte una exorbitante

ganancia; ved ya introducido el fraude, la injusticia, la usura, la infidelidad y las extorsiones. Estos son pecados que pierden el alma; pero que son al mismo tiempo la peste del comercio humano, que le desacreditan, le envilecen y le destruyen? ¿No son la ruina del estado? Alonso es aquel hombre de manos inocentes y de corazón limpio, que subirá al monte de Dios, según la expresión del Profeta: odia la avaricia, detesta la injusticia y el engaño; practica la virtud, y es santo en su profesión.

Aquel Dios que asistió á las bodas de Caná, que las honró, las santificó y las consagró en su Iglesia por la institución de un sacramento, llamó á Alonso al estado del matrimonio, en el que entró éste con la vocación y gracia del mismo Dios. Él sabe que es un bien de la religión, y en particular, de aquellos que son llamados por la Providencia á vivir en el mundo, que el Hijo de Dios haya consagrado el matrimonio por su institución; que no solamente no sea el matrimonio un estado criminal, como han querido algunos herejes, ni una sociedad puramente civil, como lo es entre los paganos, ni una simple ceremonia de la religión como lo era en la antigua ley, sino un sacramento que contiene la gracia de Jesucristo, establecido para santificar las almas, para representar uno de nuestros más grandes misterios, que es la encarnación del Verbo, y para aplicar sus méritos á los que le reciben dignamente. Sacramento grande lo llamaba S. Pablo, y esta es la idea que ha formado el humilde y sábio Alonso; así es, que se dedica enteramente á llenar sus deberes. ¿Cómo podré yo, oyentes, describirlos la exactitud con que cumple con las cargas del matrimonio, y, sobre todo, con la educación de dos hijos que Dios le dió? Padres y madres de familia, ¡qué suerte la vuestra, que no podáis ir nunca solos en el gran camino de la otra vida! De la salvación de los hijos pende, en cierto modo, la vuestra. ¡Ah! si los amais, educadlos bien. El criarlos y educarlos solo en lo que toca á la vida natural, lo saben hacer los brutos; el educarlos en lo que mira á la vida civil, lo hacen también los gentiles; pero el educarlos en piedad y religión es propio de los padres cristianos. Alonso ama á sus hijos con ternura, y por lo mismo les desea un bien grande, un bien sólido, un bien permanente, que no puede alcanzarse sin virtud y sin piedad: de ahí su constante solicitud en enseñarles los rudimentos de la religión, en separarlos de toda compañía pernicioso, en inspirarles el santo temor de Dios, en darles un ejemplo constante de todas las virtudes. Pero nunca Alonso fué marido ni padre más cristiano que cuando el Señor le arrebató á un tiempo mujer é hija. ¡Qué admirables son, Señor, los caminos por

donde llevais á vuestros escogidos! No parece que habeis concedido á Alonso tan caras prendas sino para que tenga un sacrificio que ofrecer en vuestras aras; sacrificio costoso según la naturaleza, y tanto más costoso para Alonso, cuanto que su amor es más puro, más sublime, más acendrado. *Pero Dios lo dió*, dice con la resignación misma de Job; *Dios lo ha quitado; sea su santo nombre bendito*. Humilde adora la mano que le hiere, y sábio aprovecha la ocasión de ofrecerse á Dios enteramente.

¿Cuándo más sábio que en su viudez? El retiro y la oración, el trato frecuente con su Dios, el desprecio del mundo y la frecuencia de sacramentos; hé ahí sus pensamientos y sus ocupaciones. Dos consideraciones hace de continuo: la brevedad y falacia de las cosas de esta vida, y la estrecha cuenta que el hombre ha de dar de sus acciones en el tribunal divino. Esto le trae confuso, y no descansa hasta que con una general confesion de sus culpas lava sus defectos con lágrimas de una fervorosa contrición. Vedle ya volar con las dos alas de la oración y mortificación al alto monte de la perfección angélica. El ayuno frecuente, el retiro absoluto de las criaturas, crueles disciplinas hasta derramar sangre, áspero cilicio que le cogia todo el cuerpo sin despojarse de él jamás, todo esto con un continuo llanto y amargura..... ¿Por qué un llorar tan extraño? le preguntaba una vez su gran protector Francisco de Asís para consolarle. ¡Ay! Santo mio, le responde el siervo de Dios, *si un solo pecado venial merece ser llorado toda la vida, ¿no queréis que yo llore?* Pero al paso que afligia él su espíritu y humillaba su cuerpo, elevaba Dios su alma á la celestial sabiduría con la contemplación de los divinos misterios. La profunda meditacion de la Pasión y muerte del Redentor le arrebataba; el paso del Ecce-Homo, el encuentro de su Santísima Madre cuando iba al Calvario, el Calvario mismo, y el Corazón de Jesucristo traspasado de dolor al ver á María al pie de la Cruz, eran objetos que se le representaban con una viveza tan extraordinaria como si los viese presentes. El Señor le hizo la gracia de que sintiese en sus miembros los dolores mismos que meditaba; le reveló lo que habia de suceder con los moriscos de Granada, y la victoria del rey católico contra el turco en la famosa armada de la liga; se le representó la Sacratísima Virgen en el día de su gloriosa Asunción acompañada de innumerables coros de ángeles, con el de su guarda, y S. Francisco al lado, que tomando su alma en sus manos se la presentaba al Eterno Padre, quien con agrado la recibia por los méritos de la Señora. De ahí que los raptos eran frecuentes, que no conocia ya las cosas ni las personas, y que su alma estaba totalmente

desprendida de las criaturas, sin que viviese él ya, sino Jesucristo en él.

Una sola prenda le quedaba á Alonso en el mundo, y era su hijo, niño de tres años: le miraba su padre todo amable y cariñoso; y contemplando la inocencia y belleza de su alma, empieza á considerar que gran desgracia sería si creciendo en edad viniese á perder la gracia de su Dios por el pecado. Esto le hace pensar en las injurias que Dios recibiría si su hijo pecase; y arrebatado de este pensamiento, se pone en oracion, y suplica al Señor con lágrimas y suspiros, que si conoce que aquel hijo le ha de ofender algun día, se le quite del mundo ántes que tal desgracia suceda, pues de su parte hace desde aquel punto el sacrificio. No debió desagradar al Señor la ofrenda: de allí á pocos días muere el niño, dejando á Alonso sin el temor de las ofensas á Dios, y en libertad para unirse intimamente con su dueño. El nombre de Jesús, escrito y brillante en el pecho de una paloma, que pone en fuga una multitud de aves perniciosas; un suceso prodigioso con que Dios le avisa; y la aprobacion de aquel que él mira como el intérprete de la voluntad del Altísimo, le deciden á hacerse religioso de la Compañía de Jesús. Su edad adelantada y su inclinacion á lo más vil y despreciable le colocan en el humilde estado de coadjutor; pero su modestia, su fervor, su oracion continua y las luces que recibe del Cielo, le hacen desde luego respetable á los sábios. Alonso toma en su mano la regla, y todo su empeño es copiar en sí mismo los rasgos de perfeccion que presenta. Es imposible, hermanos, decirlo todo. El que hiciere y enseñare, óse será grande en el reino de los Cielos. Alonso hace: no hay virtud en que no se ejercite; no hay acto por árduo y repugnante que sea, que se le resista; no hay momentos en que no se halle ocupado en adquirir tesoros para el Cielo; no hay empleo ni destino en que no halle sumo placer; mira á Dios y está á sus piés como Maria, sin dejar de servirle como Marta. Alonso enseña: su estado no le permite ir á explicar en las cátedras; pero enseña á niños la doctrina y el temor de Dios, y pide continuamente al Señor por los catadráticos. Alonso no puede predicar en los púlpitos, ni en las plazas; pero prepara y dirige á los predicadores, les enseña lo que han de decir, y todos van á consultarle y pedirle oraciones. No predica con la boca; pero sus misiones hacen un fruto copiosísimo, porque basta su modestia y ejemplo para convertir á innumerables. Alonso es humilde y sabio en su juventud, en el estado de matrimonio, en el de viudo y en el religioso. Por eso está hoy en los altares.

Apénas ha entregado su alma al Señor, empieza á obrar milagros,

y la fama de sus virtudes y prodigios le atraen la veneracion é invocacion de los pueblos. La capilla de Maria Virgen donde fué enterado, se llena inmediatamente de votos y tablas de milagros. El señor obispo de Mallorca se ve obligado de la piedad de los fieles á poner su retrato en lugar público, sin haber pasado siquiera seis meses desde su dichoso tránsito, hasta que Urbano VIII introdujo su causa, Clemente XIII aprobó sus virtudes en grado heroico, y Leon XII le beatificó solemnemente. Cantad al Señor un cántico nuevo, os diré yo con el Profeta, porque se ha complacido en su pueblo, y á los mansos y humildes los exaltará siempre á la gloria de la salud. Allí saltarán de alegría los Santos, en sus habitaciones se regocijarán. Pero no os contenteis con alabarle: imitadle, Miradle, jóvenes, y él os echará miradas de honestidad y modestia: miradle, casados, y sus ojos os predicarán el amor mútuo, la fé conyugal y la pureza: miradle, viudos, y encontrareis en su retrato la continencia, el retiro, la devocion y la prudencia: religiosos, miradle, y no podreis menos de aprender exactitud en la observancia: pusilánimes, mirad á Alonso y tendreis fortaleza: atribulados, miradle, y os enseñará constancia. Sereis lo que él es, si haceis lo que él hizo.

Alonso gloriosísimo, todos llenos de confianza nos postramos á vuestros piés, os reconocemos por nuestro protector. Desde ese trono excelso de gloria á que vuestros grandes méritos os han elevado, miradnos con ojos propicios, interponed vuestra poderosa mediacion en favor nuestro, para que celebrando vuestras glorias en la tierra, logremos acompañaros por eternidades en el Cielo. Así sea.